

¿Presidente Obama?

MANUEL CASTELLS

LA VANGUARDIA, 5.01.08

La amplia victoria de Barack Obama en las primarias demócratas de Iowa es un hecho histórico, cualquiera que sea el resultado final de las elecciones. Y lo es más allá de su significado político. Que un estado con un electorado blanco en su 98% elija a un negro como candidato a presidente de Estados Unidos muestra hasta qué punto un país puede superar una historia de racismo original. No es que el racismo haya desaparecido, pero sí se ha desvanecido como barrera insalvable para juzgar a las personas.

Pero es Obama quien más ha contribuido a esta evolución. Porque nunca ha jugado la carta racial. Sí en cambio ha hablado de cambio: cobertura universal de sanidad, más impuestos a los ricos y menos a la clase media, prevención del cambio climático, control del lobby petrolero, retirada gradual de Iraq, conversaciones con Irán y Siria. Cambio de política, pero aún más de personal político. Incluyendo en ese cambio al establishment demócrata que Hillary Clinton encarna, con su inconfundible aire de presidenta por herencia. Una imagen que en Iowa mucha gente, sobre todo los jóvenes, ha rechazado. Curiosamente tampoco la carta de ser mujer ha funcionado: la mayoría de las mujeres han votado por Obama. Pero es cuestión de edad. Las mayores de cincuenta apoyaron a Clinton y la inmensa mayoría de las jóvenes a Obama, igual que los jóvenes hombres. Obama ganó, por ocho puntos de diferencia, por el apoyo de los jóvenes y los independientes. Y entre los demócratas tradicionales, Edwards, el candidato más de izquierda, apoyado por los sindicatos,

quedó segundo. Otro torpedo en la línea de flotación del supuestamente invencible portaaviones de los Clinton, que ha recibido más de cien millones de dólares de donantes privados (sobre todo del mundo empresarial) para su campaña.

Un viento de cambio sopla en Estados Unidos. La gente está harta de discursos vacíos, de políticos profesionales, de historias de terror que llevan a guerras sin fin y de una economía que naufraga, a pesar del espíritu emprendedor y de un incremento constante de la productividad, por una fiscalidad que premia a los ricos bajando impuestos al tiempo que el Gobierno se gasta lo que no tiene (un billón de dólares) en las guerras perdidas de Iraq y Afganistán. ¿Quiere esto decir que los demócratas tienen asegurada la victoria en las presidenciales de noviembre? En realidad es impredecible, porque cualquier atentado terrorista, que no se puede excluir, puede determinar el regreso a la política del miedo y al reflejo de votar a quienes prometan venganza y prioricen la seguridad.

Pero la victoria de Huckabee en Iowa es un mal presagio para los republicanos. Porque se debe a que el 56% de los votantes republicanos han sido cristianos fundamentalistas movilizados en torno al candidato pastor baptista que hace campaña con la cruz tras su podio. Lo cual anuncia un cisma entre los vividores millonarios y disolutos del Partido Republicano como Giuliani, los austeros evangélicos como Huckabee y Thompson y el millonario mormón, igualmente militante en su fe, Mitt Romney. En esas condiciones, John Mc-Cain, el veterano senador de Arizona y héroe de la guerra de Vietnam, puede surgir como el único candidato razonable, hombre honrado que propugna la reforma de la financiación de la política y que apoya la guerra de Iraq por convicción de

que no hay una salida honorable. Sería el rival más peligroso para la candidatura demócrata. Pero no tiene la confianza de los cristianos fundamentalistas, que son un 25% del electorado republicano.

Por eso, y porque dos tercios de estadounidenses se oponen actualmente a la guerra y a Bush y sufren el principio de una seria recesión, la hipótesis más probable es la de un presidente demócrata. En esa perspectiva, no sólo es que Obama ganara en Iowa, sino que el 71% de los electores demócratas votaron en contra de Hillary Clinton y que las encuestas muestran que la segunda opción de votantes de Edwards y otros candidatos es generalmente Obama antes que ella. Al presentarse como la persona con experiencia de gobierno en Washington, Clinton ha alienado a una población que está precisamente harta de la clase política. Edwards se enfrenta con dos problemas: la falta de fondos y su vínculo con los sindicatos, que son tan impopulares como los políticos. Iowa es especial porque la elección se hace en términos de democracia directa, en reuniones colectivas y voto abierto, con discusión entre los participantes en la reunión. De ahí que la capacidad de movilizar a las bases cuenta mucho, y en esto los sindicatos han sido importantes. Esa ha sido la fuerza de Edwards.

Pero, aun así, Obama ganó porque votaron el doble de demócratas que hace cuatro años, y la mayoría de nuevos votantes fueron jóvenes que se entusiasmaron con Obama. Y no es que Obama sea muy progresista. Es un graduado de la facultad de Derecho de Harvard, procedente de una familia con recursos y con un temperamento moderado, amigo de la negociación y abierto al compromiso. Pero es eso precisamente lo que atrae de él. No es un ideólogo, no representa ningún interés especial, ni siquiera a las minorías, y su impresionante discurso al ganar en Iowa fue

una llamada a la unidad de la nación por encima de diferencias raciales, sociales y políticas.

Aún queda un largo camino. Pero en las próximas primarias, New Hampshire, los independientes desempeñan un gran papel y ahí Obama tiene influencia. Después viene Carolina del Sur, donde la población negra es importante, y aunque apoyaban a Clinton pueden inclinarse por Obama una vez que es creíble. Y así hasta las múltiples primarias del 5 de febrero, incluidas Nueva York y California, donde se elige la mayoría de los delegados demócratas. Si Obama llega en buena posición a esa fecha, puede convertirse en líder de un movimiento de fondo que podría cambiar EE. UU. y por tanto el mundo. Si no lo asesinan antes.